

1

SAVANNAH

Alex me había vencido, y lo sabía, aunque no me importaba. Me empujó contra la pared de cemento sujetándome el cuerpo sólo con el antebrazo mientras con la mirada me lanzaba un «te lo dije» silencioso. Los dos sabíamos que no había tenido una oportunidad real de ganar, pero tener la cara de Alex a pocos centímetros de la mía era un gran premio de consolación.

Sin esforzarme mucho, intenté quitármelo de encima empujándolo hacia la colchoneta, pero no se movió ni un centímetro. En su cara se dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Vale, lo pillo. Eres más rápido, más fuerte... bla, bla, bla.

Alex perdió la sonrisa, pero siguió sin moverse.

—Tienes que tomarte esto en serio, Savannah.

Se acercó todavía más, como si fuera a susurrarme algo. Después, con una risotada, se puso a hacer ruidos como si estuviera masticando y sorbiendo junto a mi oído. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, pero me reí con él.

—Vas a convertirte en papeo para zombis si no tienes más cuidado —me advirtió.

—Entendido. —Intenté ponerme seria. Me importaba lo que estábamos haciendo y no quería que nadie lo dudara ni por un segundo, y mucho menos Alex. No había nada que me preocupara más que mantener nuestra ciudad a salvo, pero era difícil pensar con claridad teniéndolo tan cerca. Sus ojos marrones me estaban mirando como si pudieran leer todos mis pensamientos.

Me soltó y lo golpeé en broma antes de ir hacia el otro lado de la habitación para recuperar el aliento.

—A ver, idiotas, ¿cuál de vosotros cree que puede vencerme? —preguntó Alex levantando las cejas mientras miraba a Pierce y a Zack.

Pierce, sentado y con la mano sobre lo que, probablemente, se convertiría en un moretón muy desagradable en la mejilla, aún tenía la nariz metida en un libro de texto, pero Zack estaba más que dispuesto a intervenir mientras yo me tomaba un respiro. Al menos Zack tenía oportunidad de vencer cuando entrenaba contra Alex. Los dos podían estar pegándose tan contentos durante horas y decir que había sido un rato bien aprovechado.

Me dejé caer contra la pared del gimnasio y me aparté unos mechones que se me habían pegado a la cara por el sudor. Al dejar de moverme noté el olor y arrugué la nariz. El pequeño gimnasio del instituto, donde pasábamos la mayor parte del tiempo, tenía ese aroma a adolescente sudado imposible de ignorar. Parte de la culpa del mal olor se debía a que sólo había una pequeña ventana que daba al aparcamiento, por lo que era evidente que no se trataba del mejor refugio post-apocalíptico.

—¿Y tú qué? ¿Quieres intentarlo otra vez? —le pregunté a Pierce dándole un pequeño codazo en las costillas.

Sólo tenía catorce años, pero funcionábamos bien como compañeros de entrenamiento. Me resultaba más realista porque su ataque era similar al de un zombi. En cambio los otros chicos, que se habían convertido en puro músculo en los últimos meses, eran mucho más fuertes. La mayoría de los infectados que había visto habían sido ancianas pequeñitas u otras personas que no habrían podido conmigo ni antes de que sus cuerpos se hubieran empezado a pudrir.

La única respuesta que obtuve fue un gruñido de enfado cuando Pierce pasó la página de su libro. Solté un largo e intencionado suspiro y estiré los brazos deseando por millonésima vez poder emplear mi tiempo en algo que valiera más la pena.

Empecé a levantarme para abrir la ventana, pero Pierce por fin abrió la boca.

—Eh, ¿sabes qué día es hoy? —dijo mirándome. Aquel chico siempre disponía de información útil, y quiero decir *útil* en un sentido muy amplio. Seguro que era el cumpleaños de algún científico o un escritor que había muerto mucho antes de que los cadáveres hubieran empezado a caminar.

—Ni idea.

—Hoy hace seis meses que empezó el segundo brote —comentó echando la cabeza hacia atrás para mirar al techo. Tenía un acento británico muy marcado que me había resultado difícil descifrar al principio, cuando llegó a New Ravenscrest unas semanas antes, pero ya me había acostumbrado a él.

Se me olvidó que iba a levantarme para abrir la ventana. «Seis meses, ¡vaya!». Por alguna razón me pareció poco. Me resultaba intrascendente y abrumador al mismo tiempo. Generalmente tenía la impresión de que aquello había empezado hacía una eternidad, como si nunca hubiera conocido otra cosa que no fuera esconderme y matar. Aunque era como si hasta ayer hubiera estado en el salón viendo la tele con mis padres.

Ocho meses.

—¡Guau! —Volví a sentarme contra la pared y Pierce soltó, por fin, el puñetero libro.

Los dos nos quedamos sentados en silencio. Yo estaba recordando el tiempo que había pasado con mis padres en nuestra casa, acurrucados para darnos calor después de que se hubiera ido la luz. Y podía imaginarme lo que estaba pensando él. Pierce y yo lo habíamos perdido todo. Solía evitar pensar en ello, pero los aniversarios siempre generan una extraña sensación de nostalgia.

Zack empujó a Alex un par de metros fuera de la colchoneta y el esbelto cuerpo de éste aterrizó en el suelo con un estruendoso golpe que me devolvió a la realidad. Alex soltó un gruñido de enfado y volvió a agacharse antes de cargar contra Zack. Como de costumbre, no sabía si aquella era su idea de

diversión o si era sólo un modo de descargar sus frustraciones por llevar tanto tiempo encerrados.

Rápidamente, Alex tomó la delantera utilizando su propio peso. En cuestión de segundos, Zack quedó clavado en la colchoneta e intentó quitarse de encima a Alex, pero se rindió al cabo de unos cuantos intentos fallidos.

—Casi lo consigues —espetó Alex soltando una arrogante carcajada antes de permitirle que se levantara.

En cuanto Zack estuvo en pie, los dos dieron un paso atrás y empezaron otra vez. Lo único que los hizo parar fueron unos golpecitos en el marco de la puerta.

—¡Hola, hola! —Alguien se asomó a la puerta del gimnasio C.

«Genial. ¿Qué está haciendo aquí?». Era Marybeth, alguien a quien normalmente no tenía que ver hasta la hora de la comida, y su repentina llegada no fue una sorpresa agradable. Al menos, no para mí.

Zack me lanzó una mirada de complicidad mientras Alex la rodeaba con sus brazos y la besaba. Me sonrojé y bajé la vista.

—¿Qué te trae por aquí, preciosa? —Alex tenía esa sonrisa de idiota y yo sentí la súbita necesidad de darle una patada a algo. O a alguien.

—Tu madre me ha dicho que bajara para pedirnos un favor a todos.

La madre de Alex, Kim Park, entendía lo nerviosos que estábamos todos metidos ahí en ese diminuto gimnasio mientras los adultos salían a hacer el trabajo de verdad, así que solía darnos algo que hacer en los días más tranquilos.

—¿Necesita ayuda en la enfermería? —pregunté levantándome de un brinco—. Créeme, nos sobra el tiempo.

—Creo que eso ya lo has dicho antes. —Marybeth ladeó la cabeza hacia Alex y tuvo la caradura de poner los ojos en blanco. De acuerdo, no había sido muy sutil sobre lo mucho que odiaba que nos dejaran calentando el banquillo mientras

los adultos arriesgaban sus vidas para limpiar la ciudad de Zs. Pero eso no le daba derecho a ser tan borde.

—Estamos un poco aburridos —añadió Alex.

Intenté disimular el gesto ufano que adopté, aunque, a juzgar por la mirada que me lanzó Marybeth, creo que no lo hice muy bien. Con ella nunca podía ganar.

—Lo sé, por eso estoy aquí —le respondió a su novio con una sonrisa de entusiasmo, como si un segundo atrás no se hubiera comportado como una auténtica niña—. Tenemos en mente algo un poco más emocionante que mover cajas de un lado a otro —dijo, deteniéndose para ver mi reacción—. Si todos estáis dispuestos, claro.

A pesar de querer aparentar que aquello no podía importarme menos, arqueé las cejas.

—¿Qué tenáis pensado? —preguntó Pierce y su acento hizo que sonara mucho más formal de lo que, probablemente, había pretendido. Podía hacer que sacar la basura pareciera una misión digna de 007.

—Esperábamos que los cuatro pudierais ir a la farmacia de McIlwraith Court. El alcalde Paulson ha estado retrasándolo porque está en la otra punta de la ciudad, pero nos vendría muy bien un nuevo suministro de antibióticos.

Sin duda esa idea me llamó la atención, aunque no quería mostrarme demasiado ilusionada.

—¿Paulson ha dado el visto bueno? —inquirió Zack con escepticismo.

Marybeth tuvo la decencia de mostrarse avergonzada.

—Bueno, no; pero seguro que no le importará. Ya han limpiado esa zona de la ciudad y necesitamos provisiones. El resto del equipo está limpiando la autopista. —Parecía que alguien intentaba darnos una excusa para salir, y no iba a ser yo la que lo discutiera.

—Sin problema —dije, intentando dejar de sonreír como una idiota. Me disponía a irme cuando me di cuenta de que debería esperar a que los chicos estuvieran de acuerdo. Por mu-

chas ganas que tuviera, no pensaba salir ahí fuera sin apoyo. La ciudad llevaba una temporada tranquila, pero la quietud ya no era una garantía de seguridad.

Me di la vuelta para mirar a mis amigos y puse ojitos de cordero degollado, aunque estaba claro que sabían que me moriría por ir. Era exactamente para lo que nos habíamos estado entrenando.

Zack no parecía muy contento con la idea de cabrear a Paulson, pero ni Alex ni él le negarían algo a la señora Park. En cuanto vi que Pierce miraba a los mayores para valorar sus reacciones, supe que estaba hecho. Sólo hicieron falta unos treinta segundos de conversación visual y cejas enarcadas para que todo el mundo aceptara mi decisión: libertad.

—Vale, pero primero necesito comer —declaró Zack mirándome como si por un segundo se me hubiera ocurrido la estúpida idea de salir sin haber almorzado antes.

Todos íbamos a necesitar comida, pero sobre todo armas. Nuestro arsenal estaba guardado en el laboratorio de biología de los alumnos de primero, que estaba haciendo las funciones de armería improvisada. Teníamos un surtido bastante decente, pero yo tenía clara mi elección y cuando me hice con una ballesta, la emoción que sentía ante el día que teníamos por delante no hizo más que aumentar.

Rebusqué en una de las taquillas maldiciendo en voz baja por la escasez de cuchillos donde elegir. Fui cogiéndolos uno a uno para probarlos. Al final opté por un cuchillo de caza con hoja de sierra y una navaja automática más pequeña que podía guardar fácilmente dentro de la bota.

Me eché atrás para que Alex pudiera escoger de entre lo que quedaba. Sonriendo, jugué con las distintas formas de colgarme la ballesta a la espalda. Era la única que teníamos y, por fin, iba a poder hacer algo más que disparar a dianas, algo con lo que había estado soñando más veces de las que podía contar. Canturreé distraídamente mientras esperaba a los chicos.

Diez minutos después, ya estábamos equipados con las armas que habíamos elegido además de tres pistolas que utilizaríamos únicamente en caso de emergencia.

En cuanto cerré la taquilla me di cuenta de a quién había pertenecido el armario. James, un alumno de último curso por el que había estado coladísima justo antes de que todo se viniera abajo. Por entonces las taquillas servían para guardar deberes y pintalabios, no cuchillos y munición.

Hubo una época en la que yo iba al instituto Ravencrest, cuando el instituto era un lugar muy distinto, cuando el mundo era un lugar muy distinto.

Fue durante la primera semana de mi primer año cuando la infección se extendió más allá de Cleveland, y estaba jugando a baloncesto en el gimnasio A cuando empezaron a surgir los rumores sobre los muertos rabiosos. Me encontraba en ese mismo gimnasio cuando se anunció la vacuna. Recuerdo incluso estar sentada en las gradas con James Nickeby, intentando hacerme la interesante, cuando la señora O'Donnell se convirtió semanas después. A pesar de que el Gobierno hubiera asegurado que su vacuna lo solucionaría todo. Mi profesora de matemáticas se cargó, al menos, a tres alumnos aquella tarde de octubre. No llegué a ver nada, pero había oído lo suficiente como para echar a correr.

Jamás volví a ver a James, pero quería pensar que se había marchado de la ciudad con sus padres en busca de un lugar seguro.

En los meses siguientes a aquella noche, el instituto se había adaptado para albergar a los, aproximadamente, doscientos ciudadanos que quedaban en Ravencrest, además de a unas cuantas personas desamparadas que habíamos encontrado por el camino. Familias como la de Alex, que habían hecho lo posible por alejarse de la infección antes de darse cuenta de que no estaban a salvo en ningún sitio.

Nos llevó mucho tiempo, pero por fin estábamos adaptándonos. Teníamos suministros y estábamos sobreviviendo. Lo que no

teníamos era la capacidad de dispersarnos para proteger el resto de la ciudad. Estaba segura de que me pasaría lo que me quedaba de vida metida en aquel instituto. El alcalde Paulson insistía en que teníamos que movernos despacio y no correr riesgos.

Zack siempre me decía que tenía que dar gracias por estar vivos y tener una vida más o menos cómoda, pero a mí no me habían educado así. En la casa de los Cooper nunca nos conformábamos con lo justo. Tenías que trabajar y esforzarte por lo que querías en la vida. Y la situación en la que nos encontrábamos hacía que eso fuera más cierto, no menos. Sin embargo, nadie más lo veía así.

Marybeth y Alex seguían de la mano y se iban poniendo ojitos mientras recorríamos el pasillo en dirección a la cafetería. Ella no dejaba de acariciar su brillante pelo negro, y yo no quería otra cosa que echársela de comer a los zombis. O al menos, enviarla, en alguna especie de misión de abastecimiento, a la Costa Oeste. La expresión «y no se volvió a saber de ella» no tenía por qué ser algo negativo.

La comida aún no escaseaba del todo, pero Paulson no dejaba de recordarle a la gente que el próximo invierno no tendríamos la misma cantidad de sopa enlatada y pasta. Teníamos que racionar lo que comíamos cada día.

Desde mi punto de vista, era mejor disfrutar de la comida mientras todavía la tuviéramos, porque incluso los alimentos no perecederos caducarían en un par de años. Ésa era, probablemente, una de las muchas razones por las que nunca me habían asignado tareas de cocina, ya que malgastaría la mitad de los ingredientes intentando probar cosas nuevas para variar los menús que llevaban repitiéndose durante meses.

Mi intención era meterme un par de barritas de cereales en el bolsillo y salir corriendo, pero la madre de Zack estaba supervisando el almuerzo en ese momento e insistió en que tomara un plato de espaguetis antes de dejarme ir a ninguna parte.

Incluso sin el caos de quinientos adolescentes hambrientos, el almuerzo seguía siendo mi parte favorita del día. Durante un

rato podía olvidarme de nuestro enemigo y de las personas que habíamos perdido. Podía coger un poco de comida grasienta y sentarme con mis amigos. Resultaba casi normal.

No sé cómo, pero aquel día acabé en la mesa junto a Marybeth, que estaba repitiendo ración sirviéndose del plato de Alex. «¡Qué graciosa!». Se reía y asentía a todo lo que Alex decía, y nunca se molestaba en intentar incluirnos al resto en su pequeño mundo feliz. Pero Alex se había vuelto todo un experto en relacionarse con su *extremadamente-bien-alimentada-novia* y sus amigos al mismo tiempo, así que intenté no dejar entrever que me molestaba.

Mientras comíamos, nuestro entusiasmo por la misión iba rápidamente en aumento. Empezamos gastándonos bromas y terminamos trazando un plan de ataque. Habíamos estado entrenando durante mucho tiempo, pero era la primera vez que los cuatro saldríamos de allí como un equipo.

Llevaba mucho tiempo sin dejar atrás los confines del instituto, y el mundo exterior era cada vez menos hospitalario.